

## LA VIDA EN GRACIA

El título del tema expresa con claridad y concisión lo que me propongo exponer: intentaré desarrollar el significado de la vida en gracia.

¿Qué interés puede tener el tratar de la gracia? ¿No es uno de esos vocablos que destilan cierto sabor rancio de algo caducado? Tal vez no resulta muy atractiva la imagen de la gracia como la blancura del alma limpia de pecado; o el estado de inocencia, que franquea las puertas del cielo; o la posibilidad de aumentar los méritos que hacer valer para obtener un puesto de preferencia en la gloria... La gracia así representada resulta un tanto cosificada y manejable por parte del hombre, como si se tratara de vales acumulables en virtud de los méritos obtenidos por las buenas obras realizadas durante esta vida y canjeables por la gloria.

La gracia, por el contrario, designa una realidad vital que representa la transformación del hombre en una nueva criatura –un hombre divinizado-, lo sitúa en una relación nueva con respecto a Dios, como hijo suyo, y le abre un horizonte nuevo de eternidad, habiendo sido convocado a participar en la gloria inmortal de Dios.

Es verdad que la gracia no cambia nada de la condición terrena del hombre, como ser de este mundo, sujeto a las circunstancias de espacio y tiempo, expuesto a las inclemencias de la enfermedad, con una tarea que realizar en el mundo. Pero, con la gracia, la vida del hombre cobra un sentido enteramente nuevo y alcanza una plenitud insospechada. El don de Dios otorga al hombre una nueva calidad de ser y le hace posible alcanzar el fin para el que ha sido creado por Dios, el único cuyo logro dará éxito a su existencia, o, en caso de no lograrlo, convertirá su vida en un completo fracaso.

**Qué significa «gracia».** Usamos la palabra «gracia» en expresiones como «tener gracia», «caer en gracia», «medida de gracia». Un condenado a muerte a quien le ha sido conmutada la pena, puede decirse que vive de gracia, es decir, más allá de lo que le correspondería según la justicia: la muerte. Cuando alguien sobrevive a un accidente, de suyo mortal; o sale de una enfermedad incurable, decimos que vive de milagro, que es lo mismo que decir de regalo o de gracia.

Asimismo, la vida en gracia es una vida que nos es dada como don gratuito, no merecido, pues no nos corresponde por naturaleza, por el hecho de ser hombres. Por eso la llamamos también vida sobrenatural.

Realmente todo es gracia para nosotros, que ningún mérito hemos hecho para venir a la existencia, ni para haber nacido en una comunidad humana desarrollada y en un hogar acomodado y una buena familia. El que ahora estemos tratando este tema tan poco común, pero que tanto importa a nuestro destino, es un privilegio que ninguno de nosotros merecemos.

**Diferencia de la vida en gracia respecto de la vida natural.** Pero no hablamos ahora de los dones naturales, que, aunque no merecidos con méritos propios, sin embargo, en cierto modo se deben a nuestra naturaleza, como son un cuerpo sano, y un alma inteligente, y una voluntad libre, y un corazón sensible. Aunque también los dones naturales se distribuyen muy desigualmente.

Pretendemos tratar de la vida en gracia, propiamente dicha. En este sentido propio, empleamos la palabra gracia en expresiones como *estar en gracia de Dios*, o *perder la gracia de Dios por el pecado*; podemos *aumentar o crecer en gracia* viviendo rectamente conforme a la voluntad de Dios; y a María la llamamos, con el ángel Gabriel, *la llena de gracia; la gracia es la prenda de la gloria*.

La vida en gracia tiene en común con la vida natural el poseer un dinamismo propio: como seres vivos, nacemos, tenemos una identidad y autonomía, crecemos, actuamos en relación con nuestro entorno, transmitimos la vida, contribuyendo a la conservación de la especie y luego desaparecemos como individuos. La vida natural la recibimos de nuestros padres, según las fuerzas de la naturaleza, pero pasa a ser nuestra vida y disponemos de ella y la administramos libremente. No deja de ser un don de Dios, que nos concede a través de nuestros padres.

La vida en gracia la recibimos directamente de Dios, sin mediación natural ninguna: es la vida misma de Dios, por la que Dios es Dios, que nos la comunica a nosotros, haciéndonos así partícipes de su propia condición divina, de su dignidad divina, de su gloria divina. Venimos a ser hijos de Dios, familia de Dios: hijos del Padre, en el Hijo, en la comunión de un mismo Espíritu. A este respecto, dice san Agustín:

«No te extrañe, ¡oh hombre!, ser hijo de Dios por la gracia, no te extrañe tu nacimiento de Dios a semejanza de su Verbo. Es el mismo Verbo quien consintió nacer primero del hombre con el fin de cerciorarte más de tu divino nacimiento. Ahora sí que puedes preguntarte a ti mismo por qué razón quiso Dios nacer del hombre. Es que fue tanto lo que me amó que, para hacerme inmortal, quiso nacer Él mismo por mí a una vida mortal. El evangelista, después que dijo: 'Ellos han nacido de Dios' (*Jn 1,13*), como preveía nuestra extrañeza, nuestro asombro y estremecimiento en presencia de gracia tan singular, hasta el punto de parecernos increíble que los hombres nazcan de Dios, con el fin de darnos de esta verdad garantías de seguridad, prosiguió: 'Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros' (*Jn 1,14*) (San Agustín, *Tratado sobre el evangelio de san Juan*, 2,15).»

**Dificultad para hablar de la vida en gracia.** Hemos tocado el misterio y sería inútil pretensión el tratar de desvelarlo, pues Dios es y será para el hombre el incognoscible, el inefable. Nos ilumina san Agustín:

«¿Hemos hablado y pronunciado algo digno de Dios? Ciertamente conozco que no he dicho nada de lo que hubiera querido decir. Si lo dije, esto no es lo que quise decir. ¿Por qué medio conozco esto? Porque Dios es inefable; y si fuese inefable lo que he dicho, no lo hubiese dicho. Tampoco debe denominarse a Dios inefable, pues cuando esto se dice algo se dice. No sé qué lucha de palabras existe, porque si es inefable lo que no puede ser expresado, no será inefable lo que puede llamarse inefable. Esta contienda de voces más bien debe ser acallada con el silencio que apaciguada con las palabras. Sin embargo, Dios, aunque de Él no podamos decir cosa alguna, escucha la ofrenda de nuestra voz, y quiere que nos alegremos con nuestras voces dirigidas en alabanza de Él. De aquí procede que se le llame Dios. Ciertamente que no se le conoce por el ruido de estas dos sílabas De-us, pero los conocedores de la lengua latina, al percibir sus oídos este sonido, son excitados a pensar en una naturaleza excelentísima e inmortal» (San Agustín, *Sobre la doctrina cristiana* I 6,6).

Sería, pues, ingrato renunciar a conocer a Dios en la medida de nuestra capacidad, ya que, aunque nunca lleguemos a conocerlo como Él se conoce, sin embargo esperamos llegar a verlo cara a cara (cf. *1Jn 3,2*) y gozar de su amistad en compañía. Nos ha salido al encuentro, nos ha hablado y, para que mejor lleguemos a conocerlo y tratarlo, se ha hecho como uno de nosotros en todo menos en el pecado.

**Por gracia, participamos de la vida de Dios.** La vida en gracia es, por tanto, la vida de Dios en nosotros, que, para que sea nuestra vida, tiene que ser limitada, como una participación de la vida divina (no por generación, sino por donación de su Espíritu). No somos dioses, sino hombres: pero hombres divinizados. El más firme fundamento de esta fe que profesamos es el hombre Cristo Jesús, ascendido a lo más

alto de los cielos, sentado a la derecha de Dios Padre, partícipe de la gloria de Dios. Jesús, el hijo de María de Nazaret, es el Hijo del Dios eterno, y, en la medida de la capacidad del hombre, participa de la vida e intimidad de Dios. Él es el modelo de nuestra propia vida en gracia, de nuestra vida divina como hijos de Dios.

Dios vive eternamente como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Hijo procede del Padre por generación natural, según la cual un ser vivo engendra a otro igual a sí mismo. Así pues, como el Padre es Dios, también el Hijo es Dios.

A nosotros no nos da Dios su vida por generación, lo que implicaría que seríamos dioses como Él, sino que nos la comunica como don, como gracia. ¿Por qué? Sólo podemos decir que no lo hizo por necesidad, sino con entera libertad, llevado de una infinita generosidad de su amor. ¿Y qué pudo amar Dios en nosotros de tal modo, si éramos criaturas a las que Él hizo lo que eran? Solamente pudo amarnos como nos amó al amar en nosotros a su propio Hijo: nos amó por su Hijo, y en su Hijo, al contemplar en nosotros la viva imagen de su Hijo.

En la carta a los Efesios 1,4.5, san Pablo nos ofrece una grandiosa interpretación cristológica de la creación del hombre. Dios es eterno, siempre el mismo; por eso hemos de creer con toda verdad lo que dice el Apóstol: Que Dios 'nos ha elegido en Cristo, antes de la fundación del mundo... para ser sus hijos adoptivos'.

Desde toda la eternidad, Dios tuvo en su mente una criatura, el hombre, al que haría hijo suyo, partícipe de su vida divina, y al que invitaría a compartir la herencia de su gloria. Por eso, desde el principio, nos creó a su imagen y semejanza. Dios ordenó la creación según la naturaleza a la glorificación por gracia.

**Dios nos dio una naturaleza capaz de acoger la suya divina.** El Creador nos hizo hombres por naturaleza, dotándonos de un cuerpo y un espíritu inteligente, que nos capacitaba para comprender el mundo y ejercer el señorío sobre las criaturas, y nos habilitaba para conocernos a nosotros mismos y formarnos una conciencia de sí, bien diferenciados y definidos, perfectamente identificados, capaces de reconocernos y poseernos a nosotros mismos, con autonomía para decidir en libertad. Dios depositó en la naturaleza humana el poder de germinar vidas humanas, reproduciendo seres de la misma especie y multiplicando el número de los individuos humanos. Todo esto nos es dado por Dios a través de nuestros padres. Todo esto nos corresponde en cuanto hombres; y todo ello nos mantiene en la esfera de la naturaleza: somos seres de este mundo.

Ahora bien, Dios no sólo le infundió al hombre un espíritu; sino que tuvo la deferencia de darle el trato de interlocutor suyo, de distinguirlo como un "tú" de Dios, con lo cual le reconocía una identidad propia y lo fundaba en su "yo" personal, como ser único e irrepetible, de forma semejante a lo que sucede en la relación entre los seres humanos. Hombres por naturaleza, fuimos constituidos en personas por consideración especial de Dios. El Señor nos conoce a cada uno por nuestro nombre propio, el nombre que expresa nuestro ser personal, con quien Él entabla un diálogo de Tú a tú. Así como son tres las personas divinas por la relación recíproca de las mismas, así, de meros individuos diferenciados de la especie humana, relativos y funcionales (como medios en orden al bien de la especie), pasamos a convertirnos en absolutos, únicos e irrepetibles y fines en sí por deseo divino. Con ser esta nueva situación algo que no se seguía de nuestra naturaleza, sin embargo ésta ya albergaba expectativas al respecto, por la conciencia de sí (prueba de que la conciencia de sí no constituye al hombre en persona es que, en Cristo, hay una conciencia humana pero no una persona humana). Dios dispuso naturalmente al hombre para que fuera capaz de ser un tú de Dios y de tener un nombre único para Dios: lo hizo capaz de ser persona: alguien valioso para Él.

**Dios nos hizo personas para que pudiéramos ser hijos.** Con ser ya un don especial de Dios la categoría que constituye al hombre en persona, esto no es, ni mucho menos, la gracia de la que aquí tratamos, aunque sí la preparación necesaria que se ordena a que Dios nos reconozca como hijos y nos haga partícipes de su vida. Pues hasta los no creyentes se avienen a tratar como personas a los seres humanos, es decir, como seres valiosos en sí, no como medios, sino como un fin (lo cual me atrevo a afirmar como aportación del cristianismo a la antropología). Mas esto no ha sucedido en todas las épocas de la historia, cuando el hombre ha sido considerado como cosa o mercancía; ni sucede ahora, cuando el hombre no es tratado con respeto. Es más, cuando son los seres humanos los que se arrojan la capacidad de conceder el estatuto de persona, se lo niegan a quienes todavía no han obtenido el reconocimiento de humanos por no haber sido aún conocidos ni por sus padres, al no haber nacido. Aunque Dios, que no sólo los conoce, sino que los ha llamado a la existencia, ya los reconoce con su nombre único, que designa para Él toda la realidad de cada ser humano. Con ello quiero decir que, o fundamos el reconocimiento y trato personal del hombre en Dios, o lo despojamos de contenido.

Pues, ¿qué consideración personal tienen para el hombre -como individuo único y digno del mayor respeto- los que defienden a ultranza la vida del asesino (lo que merece aprobación) y desestiman y extirpan como intruso al inocente no nacido (con el slogan: «¡No a la pena de muerte; sí al aborto!»)? Una concepción meramente natural del hombre ¿no lo reducirá, sin más, a ser un individuo de la especie, que es legítimo, y hasta legal, sacrificar en provecho de la especie, o de la raza, o de la nación? ¿No se abre así un portillo para justificar la utilización de los débiles por los fuertes: explotación laboral, comercio sexual, consumidores de drogas, esclavitud en suma? ¿Dónde queda la consideración personal del hombre cuando no vemos al hombre con los ojos de Dios? La consideración personal del ser humano por parte del hombre tiene su fuente en el amor: cuanto más querido nos resulta un individuo humano, tanto más lo consideramos único, irrepetible, absoluto, es decir, persona: un ser valioso para nosotros, con quien nos une una relación de «yo» a «tú».

Mas todo esto no es sino la preparación de la gracia de Dios en sentido propio. Pues, para comunicarnos su vida divina e introducirnos en su vida trinitaria, es decir, en una vida de relación personal íntima, Dios había de constituirnos previamente en personas capaces de acoger libremente su don y de corresponder voluntariamente a su gracia.

**Hijos de Dios, en comunión con el Hijo.** En el seno de la Trinidad, nos corresponde el lugar de hijos, porque el Hijo de Dios se hizo hombre para que los hombres viniéramos a ser hijos de Dios. Es la vida divina del Hijo de Dios, que Él tiene recibida del Padre, la que se nos comunica a nosotros como gracia, como don.

Cristo es el modelo perfecto de lo que implica la vida en gracia: pues también el hombre Jesús recibió como gracia el ser Hijo de Dios, de modo que cobre pleno sentido el salmo cuando dice Dios del Mesías: 'Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy' (*Sal 2,7*). Es así como Dios ha querido ensanchar su familia (si es lícito hablar así), de modo que vengamos a ser hermanos del Hijo.

«El Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, ... siendo... el Hijo único de Dios, no quiso, sin embargo, ser único... Se dignó tener hermanos. Son aquellos a quienes dijo: 'Decid: Padre nuestro que estás en los cielos' (*Mt 6,9*). ¿A quién quiso que llamáramos padre, sino a su mismo Padre? ¿Tuvo acaso celos de nosotros?... Llamó a ser hermanos suyos a los pueblos gentiles, y el que es Hijo único tiene innumerables hermanos que dicen: 'Padre nuestro que estás en los cielos'. Pronunciaron estas palabras hombres que nos han precedido y las pronunciarán quienes nos sigan. Ved cuántos hermanos en su gracia tiene el que es Hijo único al hacer partícipes de su herencia a aquellos por quienes sufrió la muerte... Pensemos, amadísimos, de quién

hemos comenzado a ser hijos y vivamos cual conviene a quienes tienen tal Padre. Ved que nuestro Creador se ha dignado ser nuestro Padre.» (San Agustín, *Sermón 57,2*).

La situación de agradecimiento que, por la unión personal con el Hijo de Dios, tiene el hombre Jesús le lleva a poder decir con verdad lo que sólo es concebible en un ser divino: 'Yo y el Padre somos uno' (*Jn 10,30*).

Cuando responde al apóstol Tomás, el cual quería saber el camino para ir al Padre: 'Nadie va al Padre sino por mí' (*Jn 14,6*), y Felipe, un poco liado, le pide que simplifique: '«Señor, muéstranos al Padre y nos basta»' (*Jn 14,8*), Jesús le reprocha: '¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?' (*Jn 14,10*). Y, dirigiéndose a todos, les dice: 'Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos creedlo por las obras' (*Jn 14,11*).

**Hijos, por el Hijo, en el Espíritu.** Jesús es la Palabra de Dios hecha carne (cf. *Jn 1,14*). El Hijo eterno de Dios, Dios como el Padre, que existía junto a Él desde el principio. Es la Palabra con que Dios ha expresado su amor al hombre: 'Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna' (*Jn 3,16*). Como el Padre tiene vida en sí mismo, pues es la Vida misma, principio sin principio, y le ha dado la vida al Hijo, engendrándolo desde la eternidad, éste ha recibido poder para comunicar la vida, de modo que los que creen en Él vengan a ser hijos de Dios (cf. *Jn 5,26; 6,57; 1,12*). De que somos hijos, da testimonio el Espíritu de Dios, común al Padre y al Hijo, que se une a nuestro espíritu humano y nos hace exclamar: «Padre» (cf. *Rm 8,14-17; Ga 4,6*).

La palabra de san Agustín ayuda una vez más nuestra reflexión acerca de la presencia y la acción del Espíritu Santo en el hombre:

«Cristo prometió el Espíritu Santo a los apóstoles, pero debemos advertir de qué modo se lo ha prometido. Dice: 'Si me amáis, guardad mis mandatos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, que es el Espíritu de verdad, para que permanezca con vosotros eternamente' (*Jn 14,15-16*). Éste es, sin duda, el Espíritu Santo de la Trinidad, al que la fe católica confiesa coeterno y consustancial al Padre y al Hijo, y el mismo de quien dice el Apóstol: 'La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado' (*Rm 5,5*). ¿Por qué, pues, dice el Señor: 'Si me amáis, guardad mis mandatos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador', cuando dice que, si no tenemos al Espíritu Santo, no podemos amar a Dios ni guardar sus mandamientos? ¿Cómo hemos de amar para recibirlo, si no podemos amar sin tenerlo? ¿O cómo guardaremos los mandamientos para recibirlo, si no es posible observarlos sin tenerle con nosotros? (...) Nadie, pues, puede pronunciar con provecho el nombre del Señor Jesús con la mente, con la palabra, con la obra, con el corazón, con la boca, con los hechos, sino por el Espíritu Santo (cf. *1Co 12,3*); y de este modo solamente lo puede decir el que ama. Y de este modo decían los apóstoles: Señor Jesús. Y si lo pronunciaban sin fingimiento, confesándolo con su voz, con su corazón y con sus hechos; es decir, si con verdad lo pronunciaban, era ciertamente porque amaban. Y ¿cómo podían amar sino por el Espíritu Santo? Con todo, a ellos se les manda amarle y guardar sus mandatos para recibir al Espíritu Santo, sin cuya presencia en sus almas no pudieran amar y observar los mandamientos» (San Agustín, *Tratado sobre el evangelio de san Juan, 74,1*).

Ésta es la nueva situación en que se encuentra el hombre con respecto a Dios por gratuita concesión de su liberalidad: como hijo de Dios.

Sin que llegara a producirse una alteración en su estatuto de criatura (por el que vino al ser por voluntad de Dios, y nada puede hacer para mantenerse en el ser,

sino que su único amparo frente al acoso de la nada es el amor de Dios hacia todas sus criaturas -cf. *Sb* 11,24-25-), sucedió que Dios decidió, en su eterno beneplácito, elevar al hombre a la categoría de hijo, con lo que ello conlleva de comunión de vida y de Espíritu, de consideración de rango divino, y de trato de igualdad, de cercanía y de confianza.

El hombre ya no sólo será para Dios su obra favorita (como un pintor puede estar prendado de un cuadro suyo), pero, al fin y al cabo, situado en otra escala del ser, infinitamente distante del Creador: sino que será el hijo de su corazón, que lleva su misma vida; el amigo de su confianza: 'No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer' (*Jn* 15,15).

Y para que su determinación no quedara en palabras, aunque fueran Palabra de Dios, 'la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros' (*Jn* 1,14), sellando así un pacto eterno con el hombre, al hacerse el Creador criatura, y derramar su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. *Rm* 5,5). Él es la garantía de nuestra participación de la gloria de Dios en el Hijo (cf. *Rm* 8,17; *Ga* 4,7).

**Lo que venimos a ser por gracia.** En esto consiste la vida en gracia: en que un hombre, criatura noble y efímera (noble, porque Dios lo ha hecho a su imagen y semejanza; y efímera, por el hecho de ser criatura, que no se sostiene a sí misma en el ser, sino que existe por voluntad de Dios), viene a ser convertida en criatura divinizada, de la estirpe del Inmortal, al serle infundido el Espíritu de la divinidad, que le hace participar de la vida de Dios, que el Hijo tiene recibida del Padre.

Realmente estamos ante algo absolutamente sobrenatural, porque desborda infinitamente las más ambiciosas pretensiones del ser humano, que, como mucho, las cifraba en disponer sin restricciones de la vida que él no se había dado a sí mismo, y en llegar a ser señor de un mundo que él no ha creado, sino que se lo ha encontrado hecho.

Ved al hombre convertido -en el buen sentido- en Dios: no que cambie su naturaleza de criatura humana en la sustancia del Creador; sino que, acogiendo por la fe el don de Dios, es decir el Espíritu de Dios, que nos hace hijos de Dios, somos uno con el Padre y el Hijo: 'Como Tú, Padre, en mí y Yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros' (*Jn* 17,21). 'Como el Padre me amó, Yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor' (*Jn* 15,9-10).

Nuestra naturaleza queda intacta, inalterada, como ocurrió también con la naturaleza humana de Jesús: verdadero Dios y verdadero hombre, porque no podía negarse a sí mismo dejando de ser lo que era: Dios. Pero, sin embargo, nos amó con tal delirio que 'siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre' (*Fil* 2,6-7).

**Perplejidad ante el misterio de Cristo.** Ante tan gran misterio encerrado en el Hijo de Dios hecho hombre, algunos negaron que tuviera una verdadera humanidad: ya fuera que su cuerpo era un cuerpo aparente; o que no tenía alma humana, cuyas veces hacía el Verbo; o que su alma no tenía verdadera mente humana, suplida por el Verbo en sus funciones. En cualquier caso, se destruía la verdadera humanidad de Jesucristo. El cual, es Verbo y es hombre, y, como verdadero hombre, sintió en su cuerpo el hambre, la sed y la fatiga; se entristeció en su alma hasta la muerte, y murió clavado en una cruz.

**El misterio de la gracia en el hombre.** También nosotros, como hombres, estamos sujetos al paso del tiempo, y contamos nuestra vida por días, meses y años, o mejor descontamos los que vamos viviendo de los que razonablemente esperamos llegar a completar. Experimentamos las limitaciones en nuestro conocer, que es deficiente respecto de las cosas, imperfecto si miramos a nuestro corazón y a merced de la fe, en relación con el espíritu de los hombres. Y sentimos la deficiencia en nuestro obrar, pues, con frecuencia, 'no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero' (Rm 7,19). Y, como seres de este mundo, estamos sometidos a la fuerza de la gravedad, como las piedras; necesitamos el aire, la comida y la bebida, como las plantas; padecemos el frío y el calor, y sufrimos las enfermedades, como los animales, y vivimos caminando hacia la muerte. De cuando en cuando, las catástrofes naturales nos plantan delante la melancólica imagen de la pequeñez humana, retratando juntos el árbol arrancado de raíz, el cadáver de un perro y una mano de hombre asomando del fango, después de una riada.

Mas nada de todo esto resta un ápice a nuestra condición de hijos de Dios, por la que somos divinos, partícipes de la naturaleza divina, de la misma manera que nadie reconoció en Jesús de Nazaret al Hijo de Dios, cuando jugaba con los chicos del pueblo, o asistía con ellos a la sinagoga, o ayudaba en las tareas de la casa, o cuando, de adulto, desenvolvía los encargos que le hacían sus paisanos; y, sin embargo, con toda verdad, se puede decir que hablaban con Dios, cuando hablaban con Jesús; se tropezaban con Dios, cuando se encontraban a Jesús por la calle, y tenían a Dios a su servicio, cuando Jesús les hacía algún trabajo.

**Analogías de la vida en gracia: vida, conocimiento y amor.** ¿Qué se encierra en expresiones como participación en la vida divina, que hace de nosotros seres divinizados e hijos de Dios? Resulta difícil decirlo cuando nuestro conocimiento de Dios es tan limitado. Pero algo podemos decir a partir de lo que nos resulta conocido, como es la vida humana.

La vida nos resulta amable, a pesar de que no siempre sea un jardín de rosas, y, por eso mismo, la pérdida de la misma, es decir, la muerte, nos infunde temor. Vivir implica la existencia, y, porque nos damos cuenta de que existimos, y el ser es preferible al no ser, nos apegamos a la vida, rehuyendo el no ser. Con todo, somos conscientes de la limitación de la vida humana, y nos resignamos a pensar que no hemos de durar indefinidamente, sino que tenemos fijado un plazo.

Pues bien, participar de la vida divina significa que estamos llamados a ser inmortales, a semejanza de Dios, lo cual contrasta con la certeza ineludible de que hemos de morir. Esto lo sabemos por la experiencia; aquello lo conocemos por la fe. La fe nos da un conocimiento sobrenatural de nuestra nueva condición, fundado en la palabra de Dios, que nos lo ha prometido y que ha cumplido ya su promesa en el hombre Jesús, resucitado de entre los muertos, vivificado por el Espíritu, y unido indisolublemente al Hijo de Dios, con el cual comparte la gloria del Padre. Su resurrección es garantía de la nuestra, si vivimos en virtud del mismo Espíritu que lo resucitó a Él. Resucitaremos para vivir con el Señor: 'Padre, los que Tú me has dado, quiero que donde Yo esté estén también conmigo' (Jn 17,24), porque 'me voy para prepararos un lugar' (Jn 14,2). La muerte será vencida y no podrá ya nada sobre nosotros. Pues, 'si Dios está con nosotros, ¿quién prevalecerá contra nosotros?' (Rm 8,31).

Es cierto que la vida es amable, de diverso modo, para todos los seres vivos, los cuales, a su manera, se resisten a perderla: las plantas aferrándose a la última gota de humedad; los animales huyendo del peligro o defendiéndose... A los seres humanos, que sabemos que vivimos y, por ello, valoramos más la vida, la muerte nos produce espanto, dolor y tristeza. Pero algunos, no pudiendo soportar la desgracia, se quitan la vida. Porque lo que realmente deseamos es la vida feliz.

La vida en gracia no conlleva la eliminación de las contrariedades y sufrimientos, compañeros inseparables del hombre en este valle de lágrimas. Pero la persona que vive en Dios (que esto es lo que significa vivir en gracia de Dios: 'Vivo, mas no yo, sino que es Cristo quien vive en mí' -Ga 2,20; Flp 1,21-); la persona en la que vive Dios, no se deja amargar la vida, ni es derrotada por ningún infortunio. Pues '¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... Pero en todo esto salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó' (Rm 8,35-37).

Cuando la muerte sea vencida, y la vida de Dios, que ahora late y se desarrolla en nosotros como una semilla, estalle y muestre lo que encierra; 'no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado' (Ap 21,4). Eso sí que será una vida verdaderamente feliz.

'Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es' (1Jn 3,2). Conoceremos como seremos conocidos, amaremos y seremos amados, por Dios y por todos los bienaventurados, con los cuales formaremos como una unidad en Cristo, nuestra Cabeza.

He aquí el principal distintivo de la vida humana respecto de los demás vivientes de este mundo: el conocimiento inteligente y el amor.

Nos acucia el deseo de saber, que despierta en nosotros la curiosidad y suscita la admiración. ¡Cómo nos gustaría conocer todas las maravillas del universo, las grandes y las pequeñas! Nos entusiasmaríamos al comprenderlas y nos deleitaríamos en su contemplación. Pero más aún nos llenaríamos de satisfacción y orgullo si fuéramos capaces de realizar todo lo que imaginamos y concebimos: 'lo hiciste señor de las obras de tus manos' (Sa/8,6).

El hombre se afana en aplicar su inteligencia para dominar la creación. Pero, en su condición terrena y pecadora, ordena todos sus logros o bien a satisfacer sus necesidades o bien a imponer su dominio sobre las cosas y sobre sus semejantes, sin despreciar la consecución de un desarrollo beneficioso para la humanidad. No obstante, 'sometida a la servidumbre de la corrupción', 'la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto', esperando 'participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios' (cf. Rm 8,19-25), cuando el que es 'el Principio y el Fin' haga 'un cielo nuevo y una tierra nueva' (Ap 21,1.6), en que la necesidad ha pasado y el dominio esclavizante ya no existe, quedando el gozo de la acción creativa y de la colaboración amistosa. Esta energía positiva está ya actuando desde el interior de cada hijo de Dios.

Pero si el encuentro cara a cara con Dios nos ha de proporcionar un conocimiento y dominio gozoso del mundo nuevo, más satisfactoria aún habrá de ser la transparencia de nuestro propio corazón y la diafanidad del espíritu de los hombres. Esto nos facilitará una armonía perfecta con nosotros mismos, por la exacta correspondencia entre lo que somos, pensamos, sentimos, obramos, deseamos y gozamos. Y una paz y concordia ideales con los hombres bienaventurados: superada toda desconfianza y recelo; eliminado todo temor y reserva autodefensiva... Nos conoceremos como somos, y comunicaremos nuestra auténtica realidad; y el conocimiento mutuo engendrará el amor recíproco, en un mismo espíritu de comunión.

También este conocimiento y este amor son ya una realidad en esperanza en la vida presente, donde la promesa de lo que será un día está ya presente en la semilla de la vida de hijos que Dios ha depositado en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha dado. Las limitaciones las pone nuestra finitud humana y nuestra condición pecadora; las posibilidades -tan reales como ilimitadas- las ofrece el Espíritu común del Padre y del Hijo y también nuestro, que, en la medida que nos dejamos guiar por Él, nos conducirá a 'ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto' (Mt 5,48).

Y, si la perfección comporta un estilo de vida, reglamentado por la ley, toda ella se encierra en el amor (cf. *Mt 22,40*). De ahí la insistencia de Jesús: 'Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros: permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor' (*Jn 15,9-10*). Porque 'Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él' (*1Jn 4,8.16*).

Vivir en gracia es, pues, vivir en el amor: dejarse amar por Dios, que nos amó primero y 'envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él', y 'nos ha dado de su Espíritu' (*1Jn 4,9.13*). Y, como consecuencia, 'también nosotros debemos amarnos unos a otros' (*1Jn 4,11*), 'ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios' (*1Jn 4,7*).

La gracia no es tanto una cosa que Dios nos ha dado, todo lo preciosa que se quiera, cuanto el mismo Dios, que se nos ha dado, en su Don por excelencia, el Espíritu Santo, que habita en nosotros. Su presencia vivificante hace de nosotros criaturas nuevas (cf. *2Co 5,17*; *Ga 6,15*; *Rm 6,4*) y nos sitúa en una relación nueva frente al Padre, como hijos suyos. Cuanto podemos crecer en el amor de Dios, podemos aumentar en gracia. Pero, bien entendido, que es como un tesoro que llevamos en vasos muy frágiles que pueden romperse, y entonces lo echamos a perder (*2Co 4,7*).

La vida en gracia es, en suma, vida sobrenatural, basada en una fe, un amor y una esperanza sobrenaturales, en virtud del Espíritu de Dios que habita en nosotros, del cual somos templos (*1Co 6,19*). Así como en virtud de nuestro espíritu humano vivimos como hombres, capacitados para conocer inteligentemente y amar, así, al recibir el Espíritu de Dios como Don por excelencia, el Espíritu del Señor se une a nuestro espíritu, de forma que venimos a ser un solo espíritu con Él (*1Co 6,17*). Y nos capacita para conocer a Dios por la fe como sólo Él nos puede revelar (cf. *Lc 10,22*). Ya que 'sólo en el Espíritu podemos decir: «Jesús es Señor»' (*1Co 12,3*; cf. *1Jn 4,15-16*). Y, en virtud del Espíritu, que es Amor de Dios, podemos amar a Dios como sólo Él nos puede conceder que lo amemos, pues el que ama ha conocido a Dios y nacido de Él, ya que Dios es Amor (*1Jn 4,7-8*). Y entonces tenemos ya en nosotros la vida eterna (*1Jn 6,47*), aunque aún no se ha manifestado plenamente lo que seremos (*1Jn 3,2*). Y porque sabemos que Dios es fiel (*1Ts 5,24*), fiados en su palabra y en la experiencia de su amor, puesto que tenemos el mismo Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos (*Rm 8,10*), aguardamos en esperanza la plena comunión con el Padre, como hijos dentro del Hijo, por el Amor del Espíritu Santo.

Lo que un día se manifestará plenamente, eso mismo ya lo somos ahora. Hemos de vivir, pues, de forma que lleguemos un día a 'ver a Dios tal cual es' (*1Jn 3,2*). Pues, en frase del cardenal Newman, «la gracia es la gloria en el exilio; la gloria es la gracia en el hogar».